

# El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Unamuno en Colombia—Ediciones de la Revista Ximénez de Quesada—Bogotá-Colombia—Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

El Instituto Colombiano de Cultura Hispánica ha entregado al público colombiano como tercer volumen de su colección, las conferencias leídas en la sala de actos de dicha entidad, por los escritores Rafael Maya, Jean Camp, Cayetano Betancurt, Cecilia Hernández de Mendoza, presbítero Germán Marquínez Argote, Andrés Holguín y Fernando Guillén Martínez, en torno de la personalidad de don Miguel de Unamuno con ocasión de conmemorar el mundo de habla hispana el primer centenario del nacimiento del gran escritor español. Además, trae las palabras liminares del señor ministro de Educación de Colombia, doctor Pedro Gómez Valderrama. Los escritores cuyas conferencias fueron incluidas, realizan un serio y honesto trabajo de investigación, tratando de desentrañar la presencia y la esencia de Unamuno desde los diferentes ángulos, a través de los cuales se puede analizar su proteica personalidad. Como aporte a la cultura la publicación de la obra es de veras ejemplar. Porque don Miguel de Unamuno colmó el quehacer vital de su tiempo, con una obra propia, cuyas raíces se hunden en el secular suelo español. Individualista arriscado, el insigne maestro se hizo oír en su tiempo y clamó contra muchos sistemas anacrónicos, sin savia, ni dinamismo alguno para incidir en la vida nueva de su pueblo, tan torturado por relaciones metafísicas con Dios.

Unamuno, con su prosa silbante, retorcida, difícil y con su poesía áspera, sin dulces musicalidades, toda concepto, con su "nívola" trascendente y agónica como diría él mismo, dilató los chatos horizontes de la España de su tiempo, marcando honda huella en la época histórica que le correspondió vivir y padecer. Jamás estuvo de acuerdo con cierto conformismo que mantuvo a España sumida en una ataraxia parecida a la muerte. Tiempo en el cual triunfó lo exterior, pinturero, chabacano, episódico que forma parte del ser orgánico de una nación. Su rebeldía lo constituyó en profeta y gritaba sus verdades con amarga rebeldía en el gesto y en la palabra. Como rector de la Universidad de Salamanca, le enseñó a varias generaciones españolas a pensar sin cobardía, a darse enteras en la lucha por un mundo mejor. Como todo individualista genial, su pensamiento fuerte, directo, sin adiposidades ni en el fondo ni en la forma, tuvo

enconados enemigos. Y Unamuno defendió su verdad con tremante energía. Fantasmal como un buho, con aire doctoral o sacerdotal, su palabra iba labrando surco en las gentes nuevas, en la medida en que los retrógrados o conformistas se alejaban de su ardiente prédica.

Por todo ello fue un ejemplar de selección en la batalla por defender la dignidad del hombre y a este como ser pensante, que debe tener el coraje de su soledad y el amor por las ideas. Sus dudas trágicas; su alejamiento y cercanía a Dios; su misticismo que se abría en abismos de duda; su sentido de los valores eternos de su patria; su lección frente a la fuerza bruta, su maravillosa vitalidad creadora, hicieron de don Miguel, un prototipo humano de singulares calidades. Analizarlo a fondo es contribuir al esclarecimiento de una personalidad avasalladora como toda la generación del 98 español. Por eso mismo estas conferencias, de tan egregia calidad, honran a Colombia y a los escritores que las redactaron para este centenario de la inteligencia.

---

### Fernando Galvis Gaitán

#### El municipio colombiano—Bogotá-Colombia.

He aquí un libro de suma importancia para estudiar a fondo esa realidad colombiana que se llama municipio. Y que debiera ser la célula más importante en la organización de la república, si, además de leyes reguladoras de las funciones específicas de los municipios, se lograra también un personal humano de primera calidad para cumplir una función de asesoría fundamental en el desarrollo de la vida municipal. El autor de esta obra, sería por muchos conceptos, hace un recuento muy pormenorizado y de verdadero mérito de lo que ha sido el municipio, sus vicios, errores y posibles enmiendas. Como buen teorizante, parte del punto de partida de unos concejos municipales integrados por gentes probas, con algunas luces intelectuales, completamente dadas a una tarea de engrandecimiento de las poblaciones colombianas. El solo enunciado anterior nos hace entrar en dudas acerca de la vigencia de las reformas que propone. Porque precisamente lo que venimos contemplando los colombianos es el descenso en la calidad humana de quienes forman los cabildos. Para formar las listas hierve el fulanismo, se concitan los demagogos, se apartan los mejores, todo por las desmirriadas prebendas municipales. Nadie, o casi nadie, tiene en cuenta la selección de quienes podrían cumplir una tarea silenciosa, parca, de auténtica vocación patriótica. Todo se reduce a vivezas, rapiña, sin ninguna vocación moral de servicio.

Por tanto, otorgarle a los municipios, a través de sus cabildantes, las muy importantes facultades que recomienda el autor de esta obra es irse por los cerros de Ubeda, planificar en el espacio. Antes que todo es necesario expedir algún estatuto serio que permita llevar a los concejos a los mejores hijos del pueblo, aquellos que amen su terruño, lo sientan como algo propio, con largueza de amor, sin pensar obtener granjerías de su servicio. El municipio colombiano como lo analiza el autor de esta obra es la base de toda nuestra organización social y jurídica. Galvis Gaitán

pone mucho énfasis en demostrarlo así, y a fe que lo consigue. Pero su misma tesis, su exhaustivo estudio histórico, hace que nos resguardemos en cautela. Porque si es tan importante el núcleo municipal, conlleva historia, savia y genio, se requiere que sus representantes autorizados se seleccionen entre los mejores. Y esto no va a ser posible en mucho tiempo. Las repúblicas ideales son puras como los sueños de la infancia. Pero la realidad que contemplamos con solo visitar las poblaciones de Colombia, abandonadas, tiradas a la orilla de los caminos como animales que no se resignan a morir, nos están diciendo que es preciso educar a la gente para que aprenda a dignificar lo que tiene o aquello que se pone en sus manos para que se convierta en herramienta de trabajo, de paz y de progreso.

En todo caso, el estudio de Galvis Gaitán y la recopilación de todas las leyes, ordenanzas, edictos, acuerdos, que hipotéticamente gobiernan la vida de los municipios de Colombia, tiene un positivo mérito que justamente alabamos.

---

Isaías García Aponte

Andrés Bello—Universidad de Panamá.

A un siglo de la muerte de don Andrés Bello, ocurrida en Santiago de Chile el 15 de octubre de 1865, empiezan a producirse algunos ensayos que tienden a fijar la personalidad y la obra del insigne humanista, nacido en Caracas el 29 de noviembre de 1781. Uno de los primeros y más valiosos aportes a la bibliografía de Bello, es sin duda alguna, esta obra del profesor García Aponte. No se trata de un libro de memorias, ni de un enfoque apresurado de quien supo honrar la inteligencia americana con una pasión intelectual que no tuvo fronteras. El autor analiza toda la problemática americana, la formación por aluvión de corrientes culturales, el influjo de la filosofía en los escritores del siglo XIX, la tarea que, para incorporar el continente en la hazaña espiritual de su tiempo, realizaron los héroes, los escritores, los profesores de las nacientes universidades. Tiempo de fluidez histórica, cuando hervían las pasiones, las ideas no llegaban a formar una cordillera conceptual con lineamientos definidos, en fin, lo eruptivo y violento, propio de todo continente en creación.

El autor analiza la obra de Bello y su indudable influjo en estas transformaciones. Bello fue un adelantado, como el colombiano Florentino González, quien, después de agitar sus pendones girondinos y libertarios, desterrado de su patria, llegó a ser figura rectora en el alumbramiento del derecho argentino que lo tuvo como mentor y guía insuperable. Bello mantuvo todas sus antenas abiertas a los climas intelectuales de Europa. Lector infatigable y curioso, recibió el caudal de ideologías y formas de pensamiento antípodas, lo que no le impidió ver claro en su época, adivinar los conflictos, entender a cabalidad el drama de pueblos que suspiraban por la libertad, pero que no sofrenaban sus ímpetus y sus pasiones al rojo vivo. Los años de Londres le dieron a Bello una osatura dura y firme, y una visión particular de lo americano con sus broncas peleas

subyacentes o las demasías verbales de los apóstoles líricos de un tiempo histórico que se señaló por marcadas influencias extranjeras que aún subsisten.

Bello fue una figura continental. Jamás pensó con aire de aldeanidad, sino que soñó con un orden que sería justicia y equilibrio. El autor de esta importante obra lo sigue en su itinerario siempre iluminado por una pasmosa erudición, y por el vivo anhelo de hallar soluciones para el drama de pueblos recién nacidos que no sabían cómo empezar a formarse un criterio de las realidades ambientales.

No es demasiado el entusiasmo que García Aponte señala por la obra poética de Bello. En realidad el cuerpo de sus poemas está elaborado con paciencia y sabiduría pero carece de esa divina inspiración, ese numen trágico o risueño, que debe festonar las arcadas del poema. Su poesía, como la del colombiano Miguel Antonio Caro, es producto de energía cerebral antes que cita con las musas turbadoras. Pero no se podría negar su importancia en un tiempo de líricos desbocados y melencólicos que, en torno de una alta copa de ajeno, construían un mundo delirante de romanticismo.

Humanista, legislador, poeta, filósofo, animador de temas de esencia perdurable, don Andrés Bello empieza a recibir el homenaje que los americanos debemos a su infatigable trabajo de sembrador de ideales en esta tierra aún en plena alborada, cuando aún no se han trazado los grandes esquemas de su trayectoria cultural.

---

### Mario Germán Romero

Joan de Castellanos—Biografía—Banco de la República—Biblioteca Luis-Angel Arango—Bogotá-Colombia.

Como Separata del *Boletín cultural y bibliográfico*, la Biblioteca Luis-Angel Arango, del Banco de la República, ha dado a la publicidad esta apasionante biografía de don Juan de Castellanos, debida a la pluma muy autorizada, del escritor colombiano Mario Germán Romero. Confesamos sinceramente que es un trabajo ímprobo ocuparse de un poeta tan monocorde como Castellanos. Sus largas parrafadas en verso, carecen de inspiración, de fuego creador. Lo que debiera enumerar en prosa, lo presenta en verso, lo cual le resta calidad a su poesía. Pero no se puede negar la importancia que como testimonio humano tiene su obra literaria. Incansable buceador en los problemas de su tiempo, su testimonio se nos presenta bajo diversos aspectos, todos ellos interesantes como crónica. No así como poesía de mérito. Pero tiene la virtud ejemplar de que don Juan se apasionó por esta porción geográfica de América, por sus sitios, sus acontecimientos, la lucha por implantar los españoles sus propias convicciones políticas y religiosas, en fin, material suficiente para una biografía.

El autor de esta obra sigue al letrado español por todos los rumbos de un itinerario humano que le sirvió para escribir infatigablemente. Castellanos tuvo oportunidad de mantener estrecho contacto con los con-

quistadores, ver de cerca a los indios, comprender el drama de toda conquista, cuando esta avienta la semilla de una cultura o de brotes tiernos de la misma para implantar sus sistemas jurídicos, su religión y su lenguaje. Castellanos es cansino y prosaico. Pero su testimonio debe ser tenido en cuenta para formarnos una idea aproximada del quehacer vital de los españoles en su afán por imprimir su sello original en tribus guerreras o melancólicas. Escribe Castellanos con vehemencia, aunque no logre darle a su mensaje versificado variedad, matiz, ondulante gracia lírica. Además, mucha de su parrafada que tiene tanto de oratoria por lo enfática, la escribió en edad muy avanzada, cuando la memoria flaquea y los recuerdos se desvanecen. En fin, su obra cae bajo un conocido y resobado estilo de gran detallismo cuya enumeración prolija y canija, está desjugada de todo hervor de inspiración.

Pero no se puede desconocer la importancia de seguir en todo su proceso a don Juan de Castellanos, quien, si hubiese escrito menos, acaso hubiera dejado una obra de veras poética y respetable. Esto no se roza con la biografía de Mario Germán Romero, quien ha cumplido con celo y exceso de calidad una tarea que se presenta ingrata por el fárrago de versos del biografiado. Obra seria, respetable, honesta, que debemos incorporar a nuestra biblioteca porque representa un trabajo ímprobo y que se vuelve apasionante por el estilo magnífico de su autor.

---

### Fernando Arbeláez

Panorama de la nueva poesía colombiana—Ediciones del Ministerio de Educación Nacional—Bogotá-Colombia.

Fernando Arbeláez presenta una nueva *Antología de la poesía colombiana*. Al referirse a nueva poesía arranca de León de Greiff y termina incluyendo algunos de los poetas más jóvenes de Colombia. Naturalmente la selección ha sido hecha con criterio personalísimo, olvidando valores de los cuales nos sentimos justamente orgullosos. Rafael Vásquez, Alberto Angel Montoya, Víctor Amaya González, Emilio Rico, son a todas luces poetas superiores a muchos de los incluidos en la *Antología*. Esto sucederá siempre en Colombia. Porque las antologías reflejarán únicamente la sensibilidad, el gusto, las formas amadas por quienes las entregan a la curiosidad del público lector. En esto la parte humana de cada quien juega papel predominante. Como también los factores de tiempo histórico, el análisis que el escritor colocado en el trance de seleccionar los mejores y arrojar a los réprobos a la canasta del olvido, realiza por su cuenta y riesgo. Naturalmente esta selección tiene un aire de modernismo en el sentido de querer presentar como mejores a los que vienen llegando con su carga de preocupaciones anímicas centradas en los problemas del momento que nos toca vivir.

Es posible que Maya, Umaña Bernal, Juan Lozano, Antonio Llanos, hayan escrito su poesía sometidos a influencias literarias en boga cuando su voz lírica ascendía en el cielo colombiano. Pero es preciso juzgarlos como hijos de su tiempo, sometidos a determinadas modalidades en boga.

Cuando escribió Maya su libro de poemas *La vida en la sombra* o Rafael Vásquez (excluido), sus poemas de *Anforas*, triunfaba el gusto y regusto un poco pecaminoso, justo es confesarlo, de la forma. Los parnasianos hicieron de la bella expresión retórica un culto. Solamente con el simbolismo empieza la poesía a liberarse de la carga suntuosa de las bellas palabras seleccionadas con esteticismo. Pero eran los gustos de la época. Como antes hizo furor el romanticismo desmelenado, sin raíces en el alma, puramente epidérmico y llorón como un sauce en la neblina. Y como en la hora de ahora, Fernando Arbeláez, con todo derecho defiende la poesía de su grupo, poesía "comprometida", con la problemática angustiosa de un tiempo en el cual se han aventado muchos valores tradicionales para buscar un nuevo cauce al sentimiento y patetismo del hombre.

Nuestro país fue esencialmente bucólico. Una agricultura incipiente y una artesanía sin complicaciones servían de fondo a la actividad humana. Por tanto, la literatura colombiana o fue costumbrista o se elaboró en altos planos artísticos, influida grandemente por los parnasianos y simbolistas franceses. La rebelión de las masas, filudamente analizada por Ortega y Gasset, no había tocado a las puertas del agro pacífico. El existencialismo, lo vital, el alarido del hombre cuando suelta las compuertas del subconsciente, era desconocido. Luego no podemos juzgar toda una época cultural teniendo la mirada fija en el presente con sus agudos conflictos y desesperanzas. Así como Valencia, Maya, Víctor M. Londoño, Angel Montoya reflejaron modalidades poéticas que triunfaban en Europa, los nuevos poetas colombianos, quienes escriben hoy en razón del sordo drama de la vida y la miseria circundante, reflejan ese caos, esa epilepsia de ritmos, la caliginosa atmósfera que se respira en ciudades tentaculares, cumplen su sacerdocio lírico con honestidad que es acaso lo único que podemos exigirles.

Ya no existen doncellas ingravidas, ni jardines juanramonescos, ni la amada suspira triste en el balcón por una lejana estrella. Pero esto no quiere significar que en Juan Ramón y sus epígonos hayan escrito poesía desjugada, sin valores estilísticos apreciables. En esto sucede como en todo lo nuestro, o sea, que los árboles no dejan ver el bosque. Es claro que existe una distancia muy apreciable entre los mármoles de Valencia y la horrida miseria de chozas bajo la manigua a que hace referencia Rojas Herazo, con sus pueblecitos sepultados bajo el amarillo de los naranjos. Pero son escalas, tonos, matices, gradaciones que implican el testimonio de un tiempo determinado. Esto quiere decir que nuestra poesía, agobiante por su cantidad, se ha nutrido de influencias extrañas al medio colombiano. Consecuencia de un anacronismo que se niega a morir. Y falta de la capacidad creadora que, en el poeta, debe ser lo orgánico, el verdadero trabajo del espíritu. De todas maneras, Fernando ha cumplido una tarea noble, exigente, que requiere cautela. Y hablar de poesía y de poetas con la responsabilidad suya, es también una forma de crear y orientar a nuestra despabilada minoría de lectores de versos.